

1. ¿Una moda o un signo?

La reflexión sobre la vida consagrada se ha inspirado a lo largo de su historia en diversos motivos: asegurar la salvación del alma, huir del mundo, imitar a Jesucristo en su estilo de vida, buscar la perfección cristiana, dedicarse totalmente al Reino.

Los documentos que prepararon el Sínodo privilegiaron dos referencias: el carisma y la consagración. Se deduce de la formulación del tema: “La vida consagrada, carismas en la Iglesia por el mundo”. Los religiosos son ‘carismáticos’. Tienen un don para la vida de la Iglesia y para su servicio al mundo. Lo expresan, no a través del ejercicio de la autoridad, sino a través del testimonio y de su libre entrega.

Y este don lo tienen porque han sido ‘consagrados’ por una presencia particular del Espíritu y su vida se desarrolla bajo su inspiración y su energía.

La conciencia de la presencia del Espíritu se ha manifestado de forma llamativa en este último tiempo de la Iglesia. Lo prueban el movimiento de renovación en el Espíritu, los numerosos grupos carismáticos y las alusiones en casi todos los documentos del Magisterio.

Juan Pablo II recoge y desarrolla esta conciencia en la encíclica ‘Dominum et vivificantem’. Es una visión de la historia humana en camino hacia su realización, movida por una energía y una iluminación que obran desde dentro de la conciencia de los hombres: el Espíritu. Se diría que es una lectura ‘espiritual’ de la historia, como otros han dado una interpretación ‘económica’, ‘psicológica’, ‘cultural’. Lo declara en el número 2: ‘De este modo la Iglesia responde también a ciertos deseos profundos, que trata de vislumbrar en el corazón de los hombres de hoy: un nuevo descubrimiento de Dios en su realidad trascendente de Espíritu infinito...; la necesidad de adorarlo ‘en espíritu y verdad’; la esperanza de encontrar en él el secreto del amor y la fuerza de una ‘creación nueva’’.¹

Los ‘deseos profundos’, de que habla el texto, corresponden a las condiciones en que se desenvuelve la existencia cristiana hoy.

Hay en primer lugar por parte del hombre, y nosotros lo vemos en los jóvenes, la búsqueda de sentido para la propia vida. Al mismo tiempo, le resulta difícil percibir a Dios a partir de lo que es material, exterior a la persona. La naturaleza ha sido desacralizada por el conocimiento científico y la técnica. Ofrece recursos que aprovechar y fenómenos que estudiar, pero no provoca interrogantes trascendentes. La historia y las tradiciones han sido relativizadas. Las instituciones sociales y religiosas han perdido su autoridad absoluta. El ambiente secularizado no ofrece signos, razones ni estímulos para plantear la vida en un sentido que tome en consideración la presencia de Dios y nuestro destino final.

La experiencia religiosa se encuentra socialmente marginada. Por eso, la persona busca huellas de Dios en su experiencia interior, en lo que resuena en su mente y en su corazón. Dios está en su interior como pensamiento, conciencia, corazón, realidad psicológica y ontológica. ‘El corazón del hombre es el lugar recóndito del encuentro salvífico con el Espíritu Santo, con el Dios escondido, y precisamente aquí el Espíritu Santo se convierte en un ‘surtidor de agua que salta hasta la vida eterna’ (Jn. 4,14)²

¹ Juan Pablo II, Dominum et vivificantem, 2; Cf. Rm. 8,22; Gál. 6,15

² Juan Pablo II, ibid., 67

Estamos en tiempos de primacía de la conciencia en las opciones que se refieren a la propia vida. De ella deben surgir respuestas proporcionadas a los grandes desafíos morales de nuestro tiempo: la manipulación de la vida, el uso de la comunicación, la justa distribución de los bienes, el respeto a la dignidad de toda persona, el respeto a la naturaleza y al ambiente.

Hablar de espiritualidad es hablar de vida según el Espíritu y al servicio del Espíritu en el contexto actual. Lo cual quiere decir tres cosas: reconocer y confesar a Dios presente en la humanidad, inspirar la propia vida en la caridad, afirmar en la historia la preeminencia de la persona y de sus valores. De hecho, en esto se descubre la acción del Espíritu.

2. Qué hace el Espíritu Santo

El Espíritu da el sentido de Dios. Establece una misteriosa comunicación entre Dios y el hombre y entre éste y Dios. Todo lo que en el mundo orienta hacia Dios, todo lo que explícita o implícitamente invoca la presencia o la intervención de Dios, todo lo que mueve a la búsqueda de Dios, tiene al Espíritu como promotor oculto.

El Espíritu hace percibir lo divino, aun solo como 'misterio' que no se llega a interpretar. Produce una especie de sintonía con la presencia y acción de Dios. Y más profundamente todavía hace sentir la relación que tenemos con Dios como criaturas y como hijos: 'los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios'.³

Quien percibe el mundo sin Dios, no está guiado por el Espíritu. Quien percibe a Dios sin el mundo, tampoco él está guiado por el Espíritu. Quien, mirando el mundo, se abre a la adoración, o incluso solo al interrogante sobre Dios, está movido por el Espíritu. Por eso la fe proclama y confiesa que Dios es creador y padre. El Espíritu es la luz que ilumina la relación que hay entre la persona, el mundo y Dios.

Pero más aún, el Espíritu se hace sentir en la historia humana, en la pequeña historia de una ciudad o de un barrio, en la gran historia de los pueblos y de la humanidad. Esta reflexión mueve hoy a la Iglesia a descubrir las 'semillas de la Palabra' en las culturas, para comprender qué camino posible recorren los pueblos hacia la salvación.

Lo dice bien un texto de la *Redemptoris Missio*: 'Su presencia y acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo... Esté en el origen mismo de la pregunta existencial y religiosa del hombre, la cual surge no solo de situaciones contingentes, sino de la estructura misma de su ser' ...Él 'se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas de bien de la humanidad en camino'.⁴

Así, pues, la mirada del creyente lee como presencia del Espíritu la búsqueda religiosa aunque todavía sea confusa, el deseo de dignidad, las iniciativas nobles.

Esto se ve claramente en la historia del pueblo elegido, que es paradigma de la historia de todos los pueblos. Hay un momento en el que Dios se revela personalmente, manifestando su nombre, su relación con el género humano y su proyecto. Esta revelación de un Dios personal, benévolo con los hombres, diverso de los elementos del mundo, es, en el desarrollo humano, un acontecimiento superior, en cuanto a sus consecuencias, a los más grandes descubrimientos técnicos. Ha provocado un salto cualitativo en la conciencia del hombre, que se ha liberado así de la dependencia de los astros y elementos materiales, ha superado el miedo a lo desconocido y se ha sentido protegido por Dios. El Espíritu da a la inteligencia el poder comprender el alcance y el significado de las palabras y de los hechos con los que Dios se manifiesta y sugiere, como respuesta, esa relación con Dios que llamamos fe.

³ Rm. 8,14

⁴ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 28

Jesús, a aquellos que eran capaces de aceptar el milagro de los panes, pero no descubrían su significado, les dice: 'El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida'.⁵ Quien se queda en la materialidad de los hechos trágicos o maravillosos no está guiado por el Espíritu; quien comprende su sentido está inspirado por Él.

Sobre la base de esta fe, el Espíritu va inspirando una sabiduría, una forma de pensar y de vivir que da la fisonomía a una comunidad humana, capaz de organizar toda la existencia privada y pública alrededor de la alianza con Dios: es el pueblo de Israel. Éste experimenta al Espíritu como energía que desde dentro transforma a los hombres y los hace capaces de gestos excepcionales para liberar al pueblo o para confirmarlo en su vocación y dignidad. El Espíritu se manifiesta como inspiración, poder, fuente de vida, presencia libre de condicionamientos, que actúa de manera imprevisible. Su energía se describe con las imágenes del viento, por su origen misterioso, y del fuego, por su poder incontenible. Lo contrario del Espíritu no es la materia o el cuerpo, sino la inercia, la ineficacia histórica, la esterilidad, la muerte, la esclavitud. Lo decimos en el Credo: 'Creo en el Espíritu... Señor y dador de vida'.

Hay tres líneas de acción en las que obra el Espíritu como 'potencia' que mueve: la línea mesiánica o de salvación que impulsa a algunas personas a empresas de liberación; podemos pensar en el Éxodo, en Gedeón o en Sansón, de los que se dice que fueron 'impulsados por el Espíritu de Dios'. La línea profética, de la palabra iluminadora y educadora la representan los profetas y los sabios que mantuvieron viva la esperanza de la gente e iluminaron el sentido de los hechos históricos. La línea sacerdotal, que favoreció la experiencia religiosa, el culto, la oración, el servicio y la realidad material del templo.

Así el Espíritu, que nos abre a la comunicación con Dios, nos inspira también cómo debemos vivir en el mundo, y nos da la fuerza para realizar un tipo de existencia.

3. Jesús, acontecimiento del Espíritu.

Pero si es verdad que el Espíritu Santo obra en todas partes, lo es también que quien ha conocido y recibido a Cristo es consciente de su presencia y logra interpretar sus signos.

La obra del Espíritu Santo, efectivamente, llega a su culmen en la persona de Cristo. Los evangelistas interpretan toda su existencia como un acontecimiento del Espíritu. Lo presentan como "el hombre espiritual", en contraposición al hombre "mortal o carnal".

El Espíritu interviene incluso en las potencias generativas de María para formar el cuerpo y el alma de Jesús en el momento mismo de su concepción. "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra".⁶ La humanidad de Jesús es, pues, construida por el Espíritu para hacer de él el hombre espiritual totalmente abierto a Dios y totalmente al servicio de los hombres.

Antes del nacimiento y en su preparación, el Espíritu llena e ilumina a los testigos de la Encarnación. Cuanto más se esconde al mundo este acontecimiento, tanto más lo revela el Espíritu a quienes participan en él de cerca e inspira su confesión: Isabel, Zacarías, María, Simeón. Así también hoy el descubrir el misterio de la Encarnación en las personas y en los acontecimientos históricos es obra del Espíritu.

En el Bautismo el Espíritu hace público que Jesús es el Hijo de Dios: "Mientras Jesús, recibido el bautismo, estaba en oración, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma de paloma y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto".⁷ Él, pues, hace aflorar la conciencia divina en la naturaleza humana de Jesús.

⁵ Jn. 6, 63

⁶ Lc. 1, 35

⁷ Lc. 3,21

El mismo Espíritu le lleva al desierto, el lugar de la experiencia de Dios, de la alianza, de la prueba, de la fe. Allí supera las tentaciones típicas del hombre y del pueblo de Dios: el perderse yendo detrás de las necesidades inmediatas y programar la vida independientemente de Dios, el querer poner a Dios al propio servicio, el adorar o hacerse dependiente de deseos humanos o poderes mundanos.

Su misión comienza por impulso del Espíritu. La lleva adelante con la energía del Espíritu: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres...”.⁸ Con la fuerza del Espíritu expulsa a los demonios.⁹ Pero, sobre todo, en el Espíritu nacen sus palabras y sus sentimientos: “En aquel mismo instante, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: ‘Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla’”.¹⁰

El Espíritu es **el don de la resurrección**. Los discípulos viven toda la aventura de la predicación del Evangelio y la fundación de las comunidades seguros de su presencia. La perciben también de manera inmediata como certeza, energía interior, capacidad convincente. Él los constituye testigos eficaces y anunciadores llenos de valor.

Es el **Espíritu de la palabra**. Los discípulos no tienen ya necesidad de la presencia física del Señor. El Espíritu les recordará lo que Jesús ha enseñado. Pero no será el Espíritu de la memoria literal. Les hará comprender el anuncio de Jesús de forma nueva a la luz de los nuevos acontecimientos y situaciones. Los ayudará a sacar de aquel anuncio nuevas riquezas y significados. Y esto, con el fin de que el Evangelio sea no un texto venerable, pero arqueológico, sino una luz para el presente. No será sólo el Espíritu de la invención. Él les sugerirá lo que deben hacer.

El Espíritu de la palabra es también el **Espíritu de la misión**. Él lanza a los discípulos hacia el mundo pagano, incluso precediéndolos. En los Hechos de los apóstoles se cuenta el episodio del centurión Cornelio, llamado por muchos el Pentecostés de los paganos. El Espíritu Santo se adelanta a Pedro en la casa de este soldado. Pedro duda si debe ir a su casa y comer los alimentos prohibidos a un judío. Pero, después de una visión y después de haber visto al Espíritu Santo caer sobre los que escuchaban su discurso, tiene que rendirse. Para justificarse ante su comunidad judía, dice: “¿Se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?”.¹¹ “Pues si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?”.¹² Así, la Iglesia “prudente” que titubeaba en separarse del judaísmo y temía abrirse al mundo, se vio forzada a dar el paso.

Es también el **Espíritu de la comunión**. Él inspira los nuevos ministerios cuando los apóstoles por sí solos no llegan a satisfacer las demandas de la comunidad. Nacen así los diáconos y los presbíteros. Él enriquece con carismas nuevos a las comunidades. Las mueve a darse signos que distinguirán a los discípulos de Jesús: la oración, la fracción del pan, la escucha de la Palabra, el amor fraterno, el compartir de los bienes. Les da el poder no solo jurídico, sino profundamente transformante, de reconciliar al hombre con Dios y con los demás: “Reciban el Espíritu Santo: a quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados...”.¹³

Así la Iglesia viene a ser no una organización religiosa, como existían tantas, que custodia ritos y palabras sagradas, sino la conciencia de la historia de la salvación y una fuerza nueva enviada para transformar el mundo mediante el amor.

⁸ Lc. 4, 18

⁹ Lc. 11, 20

¹⁰ Lc. 20, 21

¹¹ Hech. 10, 47

¹² Hech. 11, 17

¹³ Jn. 20, 22

Nosotros somos testigos de que esta presencia continúa todavía hoy. Puede ser descrita con acontecimientos actuales. Nos hemos fijado en el pasado porque el tiempo y la experiencia evangélica son ejemplares. Podemos pensar en el Concilio Vaticano, en los Sínodos, en los movimientos eclesiales, en la vida religiosa, en la presencia de la santidad, en la novedad de la fe.

El hoy lo sintetiza bien la Lumen Gentium con estas palabras: “El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo. Él guía la Iglesia a toda la verdad (cfr. Jn. 16,13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cfr. Ef. 4,11-12; 1 Cor. 12,4, Gál. 5,22). Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo... Así toda la iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.¹⁴

4. Espiritualidad: vivir según el Espíritu.

Pero acaso el tema de la nueva existencia, a la que da origen el Espíritu en la persona, es lo que ha tenido mayor desarrollo en la reflexión cristiana. San Pablo lo explica a través de la inhabitación: “Ustedes no están bajo el dominio de la carne, sino del Espíritu, ya que el Espíritu habita en ustedes”.¹⁵

Se trata de una auténtica nueva personalidad construida, unificada y estructurada en el creyente de manera totalmente original. El Espíritu crea en él una nueva conciencia: la del hijo de Dios, que se ha manifestado en Jesús y que emerge también a nivel psicológico. Jesús, en el momento de mayor aparente soledad, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.¹⁶ Por esto se ha afirmado que Cristo nunca se sintió huérfano. Abandonado de todos se sintió acogido por el Padre. Así el creyente que desarrolla esta conciencia, en cualquier circunstancia siente y expresa su confianza en Dios.

El Espíritu Santo engendra en el creyente también una nueva inteligencia; es la inteligencia de la fe, que es capaz de percibir el misterio de Dios y de descubrir el sentido que tienen el mundo y los acontecimientos de la historia. Muchas veces la fe ha sido considerada como una sabiduría que viene del Espíritu. Quien ve la propia vida y la historia sin Dios no está animado por el Espíritu. Quien descubre a Dios en la historia propia y en la de la humanidad se ve guiado por el Espíritu, porque Dios se ha manifestado en el acontecimiento principal de la historia, el de Jesús.

El Espíritu sugiere una nueva relación humana, por encima de la nacionalidad, raza, cultura, religión, situación económica: es el amor, participación del amor de Dios; por lo cual “no hay griegos y bárbaros, creyentes y paganos, varones y mujeres... sino que todos son una única criatura”.¹⁷ Es la superación de las discriminaciones, del espíritu de conquista, del sentido de superioridad.

El Espíritu nos enseña un lenguaje nuevo que nos consiente dirigirnos a Dios expresando los sentimientos filiales y nos inspira lo que debemos decir. Él nos da el vocabulario para el anuncio y nos abre a su comprensión. Por esto se habla tanto del Espíritu en el contexto de la evangelización.¹⁸

En una palabra, el Espíritu recrea la estructura interior de la persona: le da el sentido de su identidad, la posibilidad de obrar en el mundo con el estilo de las bienaventuranzas, de esperar la gran manifestación por la cual toda la creación alcanzará su condición perfecta.¹⁹

¹⁴ Lumen Gentium, 4.

¹⁵ Rm. 8,8.

¹⁶ Lc. 23, 46.

¹⁷ Gál. 3, 28.

¹⁸ Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, 75.

¹⁹ Rm. 8, 19-22

Pero aún no está dicho todo. Quien ha nacido del Espíritu está llamado a desarrollarse según un proyecto de vida. No ha recibido solo algunas cualidades estáticas, como si fuesen joyas o regalos de cumpleaños. Posee, en cambio, una especie de código genético según el cual él va creciendo.

La existencia cristiana, como toda vida, tiene una ley interna: la del desarrollo. En el bautismo se recibe su semilla: a la muerte se tiene el resultado final. Lo que está comprendido entre estos términos se confía a nuestra voluntad y capacidad de crecer, como sucede con nuestra inteligencia y con nuestra personalidad. Hay un estado germinal, hay una madurez: “Hermanos, no pude hablarles como a hombres de espíritu, sino como a gente débil, como a cristianos todavía en la infancia. Por eso, los alimenté con leche, no con comida, porque no estaban para más”.²⁰ San Pablo habla de niños y de adultos, de imperfectos y perfectos, de ignorantes y sabios, de carnales y espirituales.

Pasamos de la inmadurez al estado adulto por la iluminación progresiva y la adhesión a la verdad. Éstas nos ayudan a ver el sentido de nuestra vida y del mundo, cada vez con mayor convicción, a la luz de la venida de Cristo. Está luego la purificación de las dependencias y esclavitudes, egoísmos, pasiones destructoras, hasta alcanzar la libertad interior. Y todavía nos lleva a la madurez el esfuerzo de conformar nuestra vida con la de Cristo, insertándonos en su misterio. El Directorio Catequístico General, refiriéndose al creyente dice que la finalidad de la iniciación cristiana es educar en el pensamiento de Cristo, en ver la historia como Él, en escoger y amar como Él, en esperar como enseña Él, en vivir como él la comunión con el Padre. Eso, con otras palabras, lo que expresaba San Pablo: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”.²¹

El resultado es el hombre espiritual. En el lenguaje cristiano, “espiritual” tiene un significado peculiar. No se opone a materia, como piensan los filósofos, sino a carne. No quiere, pues, decir inmaterial, sino empapado de Dios y ordenado a Él, sea cual sea su naturaleza física. Espiritual no es, pues, aquel que reniega, huye o ignora su parte corpórea, sino aquel que asume y ordena todo en la caridad; en efecto, es la caridad que se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, envolviendo la totalidad de la persona, cuerpo y conciencia.

Es instructivo escuchar a San Pablo las manifestaciones de la fase infantil de nuestra vida en el Espíritu o del nivel “carnal” de nuestra mentalidad. Una es la incapacidad de aceptar el Evangelio en la totalidad de sus exigencias y de su originalidad. San Pablo llama inmaduros a los corintios porque se pierden detrás de la elocuencia humana y las explicaciones complicadas y no captan la sabiduría sencilla inspirada por Dios, que se encuentra en el acontecimiento de Cristo.²²

Es signo del estado infantil el verse arrastrado por motivos humanos, como los celos y el deseo de sobresalir en la comunidad con carisma vistosos. Como lo es también el pensar que la libertad consiste en realizar los propios intereses, o el no ser capaces de superar los conflictos aun con sacrificio por nuestra parte. Sobre todo, lo es la inestabilidad y la volubilidad de la fe, no anclada firmemente en la palabra de Dios, que se deja arrastrar o por las modas seculares, o por las fantasías religiosas o por doctrinas pasajeras.

Hay también páginas incomparables sobre la madurez de la persona en el Espíritu, que es purificación del mal y superación de lo que es imperfecto; pero también desarrollo máximo de las potencialidades que hay en nosotros. Signos de la madurez son, en primer lugar, la seguridad o evidencia del amor que Dios tiene para con nosotros y, por tanto, la paz y la serenidad interior por las que sabemos que “ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Cristo”.²³

Está también la generosidad por la que uno no se limita a lo que nos obliga la ley, sino que nos damos con libertad y alegría. Está el compromiso radical y total con el Evangelio. Está el amor a

²⁰ 1 Cor. 1, 1-2

²¹ Gál. 2, 20.

²² 1 Cor. 2, 1 ss.

²³ Rm. 8, 38-39

los hermanos como regla para obrar en toda circunstancia, por encima de cálculos y convenciones, por encima de nuestros derechos y del mismo culto.

Cuando estos dinamismos y actitudes crecen, se alcanza la estatura de Cristo. El Espíritu da unidad a los pensamientos, a los afectos, a los deseos, a las acciones. Y se manifiestan en la persona sus frutos maduros: el amor, la alegría, la paciencia, la benevolencia, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre, el dominio de sí.²⁴

²⁴ Gá. 5, 22-23.